Hoces y trillos. Capitulo 3

Simón José Martínez Rubio

Image not found.

Capítulo 1

HOCES Y TRILLOS
Relato histórico novelado

"Confesiones II"
Simón J. Martínez R.
Copyright: Simón J. Martínez Rubio, 2.017

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,quedan rigurosamente prohibidas, sin autorizaciónpor escrito de los titulares del copyright, la reproducción totalo parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual y futuro.

Dedicado a: mi familia y a mis numerosos amigos que me han animado a escribir esta obra.

ÍNDICE.

1- Pintan bastos.

2- Tierra agradecida.

3- El hogar soñado.

4- El amor de Rosalía.

5- El Bañezo.

6- Quién manda aquí.

7- Angelito de Lianina.

8- Salvar el pellejo.

9- Sobresaltos en la noche

10- El guarda jurado.

11- La Peña. El Toro de la Vega.

12- La Academia.

13- Dulce Navidad.

14- Génesis de una vocación.

Capítulo 3- El hogar soñado.

Eso les pareció a todos, incluso a Rosalía y Victoria, que ya la conocían porque habían acompañado a sus padres a la hora de verla. A los pequeños les pareció un lugar ideal para jugar al escondite y no encontrarse en semanas. Y eso que les prohibieron enseguida subir a la enorme solana o desván, ni intentar abrir la puerta cerrada de la bodega, de la que sólo oyeron que era peligroso porque quedaban balas de la guerra. Mientras sus padres planeaban cómo empezar a amueblar la casa, Victoria se ofreció a los pequeños:

–Venid, que os enseñe la parte de arriba. Ya veréis qué grande y bonita es –y la siguieron entusiasmados.

–¡Hala! ¡Hala! ¡Qué habitaciones tan grandes, con balcones y todo..! –y corrieron a asomarse a los tres, uno en cada habitación que daba a la calle.

–¡Jooobar! Y esta otra tiene arcos y todo –chillaban de alegría.

–Sí, ésta es la que más me gusta a mí; la llamaban la habitación italiana. Detrás de los arcos irá la cama y, del lado del balcón, podrá ir un tocador precioso.

–Y esta otra escalera, ¿a dónde va? –preguntaron después de perderse por las otras dependencias y de correr por la amplia galería, asentada sobre altas columnas de piedra que se asentadas en el corral.

–A la solana. Pero allí no podéis subir. Está llena de cachivaches, y… puede que de fantasmas: ¡uh, uh…! Ni hablar subir vosotros allí arriba.

–¿Y por qué no podemos subir? –preguntó Samuel, haciéndose el

milhombres.

–Porque no. Ya oísteis a los padres: ni ahí, ni a la bodega; y se acabó.

<<Oh, balas abajo y fantasmas arriba, qué emocionante>>, se daba ánimos Samuel.

La casa la encontraron limpia, como esperaban. Sólo faltaba amueblarla. Traerían lo que pudieran de la finca; pero no todo, porque Camilo y Rosalía, más los que hicieran falta, tendrían que poder seguir viviendo allí.

–Nos costará un dineral amueblar una casa tan grande –pensaba la señora Marta en voz alta.

–Sí; pero empezaremos con lo más imprescindible, y seguiremos luego poco a poco. Hay que empezar a mirar tiendas de muebles.

–¿Habrá dinero para tanto?

–Yo creo que sí. Ha sido una bendición la cosecha de este año.

–Además, tenemos tiempo de sobra.

–No tanto. No paras de recordarme que tenemos que traer a tu madre. Tendremos que prepararle una habitación; quizás la grande junto a la cocina.

Eso alivió a Marta, pesarosa por el retraso.

–Cuando nos instalemos aquí, Juanón podrá ir a vivir a la finca con su familia. Nosotros usaremos las bicicletas para ir y venir.

–¿Cuándo traeremos las camas y demás telares de la finca?

–No habrá mucho que traer si Juanón se instala allí. Mañana se lo propondré, y decidiremos lo que podemos traer y lo que tiene que seguir allí. Pero tú puedes ir mirando lo de los muebles.

Los muebles, en Tordesillas, tenían precios parecidos a los de La Bañeza. Había dónde escoger; pero era tanto lo que necesitaban...

–Hay que decidirse pronto, porque casi todo lo de la finca tiene que quedarse allí. ¿Qué muebles te gustan más a ti?

–Los que más me gustan son también los que más cuestan…

–Claro; y tú siempre buscas lo barato… Pero queremos muebles duraderos… Será mejor comprar algo intermedio; ni de los caros ni de los más baratos.

Como el tiempo apremiaba, con las fiestas ya encima, aceptaron de la señora Clotilde dos camas prestadas, y encargaron en la casa de muebles lo más urgente para poder vivir todos juntos en su casa. Al día siguiente, los trajeron y se pusieron a montarlos.

–Tenemos que ir a ver a Felipe y Rufina –se le ocurrió a Marta, al ver que no tenía nada que hacer con los operarios trasteando por allí–. Sólo les hemos visto un par de veces, y siempre con prisas.

–Vete tú. Yo prefiero quedarme y asegurarme de que montan los muebles como Dios manda; porque, cuando uno no está delante, pueden hacerlo de cualquier manera.

–Mientras no me pierda… Ellos viven por carretera de Zamora, ¿verdad?

–No te puedes perder. Es la casa más grande, al otro lado de la carretera de Madrid, yendo hacia la de Zamora. Tienen un corral grande con un portón verde. Espérame allí. En cuanto terminen, yo iré también para allá.

–Pues hasta luego, que aquí no puedo hacer nada.

Quedó amueblada la habitación que sería para la abuela. Instalaron también, en los dos dormitorios que daban al salón, las dos camas que la señora Clotilde les había prestado. Con ello, ya estaban amuebladas las tres habitaciones del piso de abajo. En la parte de arriba, sólo pusieron una cama y un armario en la habitación italiana. Mientras no trajeran a la abuela, tenían suficiente con los cuatro dormitorios. También instalaron una mesa grande en el comedor, con doce sillas a juego, más otra mesa camilla con brasero y nueve sillas para la cocina. Aquella era la pieza más cálida de la casa, y todos vivirían allí la mayor parte del tiempo. Una vez que lo vio todo a su gusto, Camilo se fue a casa de Felipe y Rufina.

–Cuánto me alegro de vuestra visita; ya era hora, digo yo –rio Felipe, cuando la criada se retiró después de servirles dos copas de coñac.

–Tienes razón. Pero es que no te imaginas la de líos en que nos hemos visto enredados desde que llegamos de Genestacio.

–Sí que lo imagino, sí. También sé lo bien que has conseguido cultivar este año toda tu finca. ¡Enhorabuena! Y lo que te falta por cosechar da gloria verlo, sobre todo la remolacha: sacarás más de treinta toneladas de

allí.

–Hemos trabajado mucho; Felipe, hasta los niños.

–También lo sé. Os he visto desde lejos; pero es que yo tampoco paro. ¿Sabes?, aunque tengo un buen casero, hay que acertar con los jornaleros que contrates en la plaza. Tú tienes una gran suerte, con unos hijos tan trabajadores; yo tengo que hacerlo todo a base de criados y jornaleros, y no es lo mismo, no. Pero de eso ya hablaremos más adelante, porque ahora vienen las fiestas y toca divertirse.

–Las primeras fiestas para nosotros. He visto un programa, y hay una barbaridad de cosas para ver y hacer: los toros, los encierros, las vaquillas, el Toro de la Vega, bailes…

–No os perdáis nada. Son unas fiestas increíbles.

–Pero ni siquiera nos hemos podido instalar en la casa. Hoy nos han montado algunos muebles, pero en la finca...

–Olvídate ahora de la finca. Tienes dos criados: que se turnen para cuidar de los animales. Vosotros, a disfrutar. Tienes que alquilar un palo para ver los toros.

–¿Un palo?

–Sí, aquí no se venden entradas; todos los que pueden alquilan uno de los tablones que pondrán entre los soportales como bancos. Aquí todos les llaman palos; en el tuyo sólo se pueden sentar los que tú quieras para las corridas de toros.

–¿Dónde se alquilan?

–En el ayuntamiento. Empezarán a instalarlos la semana que viene; pero ya tienen un plano. Vete pronto para escoger: en la zona de sombra y lo más abajo posible.

–Iré mañana, si puedo, porque ésta será la primera noche para toda la familia en la nueva casa. Tenéis que venir a verla.

–Desde luego. Creo que habéis vuelto a acertar. Por lo que sé, es una de las mejores; y en mitad del pueblo.

–Lo mío me ha costado, Felipe, no te lo puedes ni imaginar… –y se mordió la lengua; <<mejor callar, no vaya a saber Marta lo que he tenido que pagar>>, pensó. Ahora se sentía un idiota por comprar la casa con

inquilino, sin concretar antes su salida.

–Todos los comienzos son difíciles. Pero yo sabía que os iría bien; y veo que Rufina y Marta hacen buenas migas.

–No sabes cuánto me ayudó su carta para convencer a mi mujer. Fue casi un milagro.

–Me alegro. En nuestro caso, éramos de los primeros en venir, y me costó Dios y ayuda arrastrarla hasta aquí.

–Ha sido una suerte contar con vosotros aquí.

–Tampoco hemos hecho tanto. Vosotros os habéis apañado muy bien; y tienes una mujer y unos hijos que son un tesoro.

–Lo son, me siento muy orgulloso de ellos; y las chicas trabajan igual que los hombres.

–Esa es la gran ventaja. Todo es mucho más difícil cuando dependes de jornaleros…

En ese momento entraron Marta y Rufina, que acababa de enseñarle la casa, hasta el más mínimo detalle. Era una casa aún mayor que la de ellos, con muchas más cuadras, graneros y pajares. Sólo vivía allí el matrimonio con su hijo David, de nueve años, más la criada a la que sólo vieron al abrirles la puerta y servirles las pastas y bebidas.

–Vaya casa bonita que tienen, Camilo –alabó Marta con sinceridad–. Y qué corral, y qué huerto, con árboles frutales y todo. Aquí no necesitan traer nada de la finca.

–Pero no está en mitad del pueblo como la vuestra –correspondió Rufina.

–Ahí es na… Lo que nos falta para amueblarla, sin llegar a tantos detalles.

–Es cuestión de tiempo –añadió Felipe.

<<Y mucho dinero>>, calculó Marta para sí.

Se despidieron, quedando “hasta muy pronto”, porque tenían que recoger a sus hijos y llevarles a dormir, ya todos en su casa. ¡La primera noche! Pero no estaban allí; Rosi y Amelia les habían llevado a conocer el pueblo, incluido Pedrín. Les esperaron charlando de los muebles que acababan de montar, de las fiestas que se les echaban encima... Camilo comentó lo del palo que pensaba alquilar.

–Muy buena idea. Así podréis ver los toros con comodidad, todos juntos –dijo ella.

–¿Cómo los veis vosotras?

–Las chicas se las arreglan con sus amigas. Yo también encuentro siempre algún hueco.

–Pues eso se ha terminado; si alquilamos un palo, os venís las tres con nosotros. Cabremos, ¿verdad?

–Oh, sí; hay sitio para diez personas, hasta doce algo apretadas.

–Pues ya está decidido. Bastante nos habéis ayudado vosotras a nosotros…

–Bueno, sólo si me dejas pagar mi parte… –respondió muy seria.

–Pues claro: ya nos pagáis de sobra con vuestra compañía –terció Marta–. Además, ahora que estamos solos, tenemos una gran noticia que darte.

–Ah, ¿sí?, ¿cómo de grande?

–Enorme. Una que ni te puedes imaginar…

–Déjame pensar, a ver a ver, uhmm… ¿No estarás embarazada?

–¡Serás bruja! ¿Cómo puedes imaginar una cosa así, a mis años?

–Ya sabes: los pajaritos cantan, las nubes se levantan…

–¡Las chicas! Han sido ellas… Qué endinas: quería ser yo la que te lo contara…

–Son cosas difíciles de guardar en secreto. Yo no quería adelantarme por si queríais dejarlo para otro momento; ¿cómo te encuentras tú?

–Estupendamente. Yo nunca he tenido molestias con los embarazos.

–¡Cuánto me alegro! Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Y a disfrutar de las fiestas, que son cosa grande.

Y siguieron hablando de ellas, con sus dos patronas: la Virgen de la Guía, que se celebraba siempre el ocho de septiembre, que ese año caía en domingo; al domingo siguiente, o sea el día quince, se celebraría la romería a la ermita de la Virgen de La Peña… y ya no había tregua desde

el sábado anterior.

–Pero, entonces, pasado mañana es día ocho, la fiesta del pueblo –se inquietó Marta–; y yo no tengo nada preparado, ni sé si la cocina tira bien, ni cómo funciona, porque es una de esas bilbaínas que yo no he usado nunca.

–Mira, vamos a hacer un trato: la Guía la celebramos aquí, en mi casa; y para la romería del domingo siguiente, nos vamos juntos en vuestro carro hasta La Peña, si tú sigues igual de flamenca, claro. ¿Qué os parece?

–Estupendo –contestaron a la vez.

La panda de jóvenes llegó ya bien entrada la noche. Marta hubiera reprendido a sus hijas por andar por ahí de charanga, con tanto como había que hacer en la casa. Pero se aguantó viéndolas tan alegres y felices. Rosi y Amelia les habían enseñado cada rincón, y contado todo tipo de historias de las fiestas.

–Hemos visto cómo están poniendo las talanqueras para los encierros, y los tablados, las barreras, los burladeros… –pugnaban por explicar, llenos de excitación.

–Con burladeros y todo… –trataba Samuel de destacarse ante sus hermanas–. ¡Cuántas ganas tengo de ver todo eso de los toros!

–Pues aquí hemos hecho un pacto –les anunció la señora Clotilde–. Esta noche cenamos todos aquí, y la fiesta de la Guía la celebraremos también aquí. Pero, para la romería, nos iremos todos juntos en su carro, ¿qué os parece, hijas?

–¡Oh, sí, qué bien! –contestaban a coro.

–Y adornaremos el carro con ramas y flores de la ribera... A ver si ganamos el premio a la mejor carroza –comentó Amelia, entusiasmada.

Y todos olían ya el aroma del tomillo y romero, flores, endrinos y otros adornos para engalanar el carro.

Ya era casi la medianoche cuando terminaron la sobremesa; había tantas cosas de que hablar… sobre todo del Toro de la Vega, algo único en el mundo, según pregonaban la señora Clotilde y sus hijas.

Cayeron dormidos como troncos, sin tiempo para admirar los muebles que estrenaban, ni tantas cosas nuevas con las que soñar. Camilo fue el último en dormir, con su mente aún en la finca y alegrándose de los días entre las fiestas de las dos patronas; <<porque con fiestas o no, hay que ir a cuidar de los animales cada día y dejarles hacer algo de ejercicio…>>. Y,

aunque Juanón había aceptado con entusiasmo el cargo de casero, y se ofreció a ayudar en esos días, tampoco podía arrastrar a su familia a vivir allí tan precipitadamente, y hacerles perder unas fiestas que venían preparando desde hacía tanto tiempo… De manera que ni los tres hijos mayores ni su padre asistirían a la procesión de la Guía: había cosas que organizar en la finca. El viernes trece por la tarde, regresaron con el carro limpio, con Niño y Lucero bien enjaezados.

Encontraron el pueblo transformado: la Plaza Mayor no parecía la misma, con los tablados ya instalados y muchas calles cerradas. Se olía la brea de las talanqueras, el albero recién regado sobre la plaza, el alborozo y algarabía por doquier… "Qué bonito está todo", decían.

Nada más entrar al portal, empezaron a salivar y corrieron a probar aquello que tan bien olía desde la cocina. La señora Marta había hecho maravillas con la ayuda de los pequeños. Se había acostumbrado pronto a la cocina bilbaína y había hecho unas pastas riquísimas.

¡Qué fiestas aquellas de Tordesillas! Después del duro trabajo de todo el año, se mezclaban ahora para disfrutar. Sus economías restauradas se lo permitirían: los labradores habían vendido sus cosechas o buena parte de ella; y también los jornaleros habían cobrado los salarios más sustanciosos de la campaña veraniega. Era la hora de disfrutar de una especie de "fiesta total", en que tampoco había lugar al descanso, sólo para divertirse. <<Ha valido la pena tanto trabajo para disfrutar ahora sin parar>>, pensaban casi todos.

Las dos familias amigas disfrutaron como chiquillos en la romería de La Peña, Marta incluida, de la que nadie imaginaba pudiera estar embarazada; pero las chicas lo fueron pregonando, y le llovieron las felicitaciones.

De la infinidad de actividades programadas para La Peña, eran los festejos taurinos los que resultaban los más excitantes, emocionantes y peligrosos. Ese primer año apenas se aventuraron a bajar del palo, ni siquiera para los encierros y las vaquillas, temerosos de que algún animal pudiera escapar por las calles y causar alguna desgracia. Pero todo era tan emocionante… Y qué decir de la valentía de los novilleros, que arriesgaban su vida con tanto arte, vestidos con aquellos trajes de luces… Y el famoso Toro de la Vega: le vieron sólo unos momentos en la plaza, antes de soltarlo hacia la vega. Allí, en el terreno natural del toro, donde no había burladeros ni talanqueras donde resguardarse, eran pocos los que se arriesgaban a acercarse.

Justo después de las fiestas de La Peña, trajeron a la abuela Valentina desde Villamontán de la Valduerna. Saltaron de alegría: la abuela con sus muletas y todo, su hija con lágrimas y risas mezcladas, y sus nietos que la querían sinceramente; hasta Pedrín que, aunque no la conociera, se

contagiaba con la alegría de todos. Para Camilo, era una promesa más cumplida. Sólo le molestaban sus muletas tan rústicas: Él mismo fue a encargar a un ebanista otras más elegantes y cómodas.

Muchos de los gastos e inversiones que estaban realizando ahora no hubieran sido posibles sin el regalo del señor Nicasio: dos años de carencia para empezar a pagar por la finca. Camilo sabía muy bien que, al año siguiente, tendría que empezar a pagarla. Pero, aun previendo cosechas peores, calculaba que podrían pagarla con holgura dentro del plazo de los diez años que habían acordado.

Por él, hubiera seguido amueblando toda la casa y comprando alguna parcela más, lindante con la finca. Pero aquella tendencia suya a invertir, aun con dinero prestado, siempre estuvo atemperada por el espíritu más conservador de su mujer. Ella sufría lo indecible al saberse endeudados. Fue un buen contrapeso a lo largo de sus vidas. En todo caso, su patrimonio se había incrementado considerablemente gracias a su migración de Genestacio a Tordesillas. También lo hizo el número de hijos, que se recibían entonces como regalos del cielo.

Fue en primavera, concretamente el veintitrés de marzo de 1947, cuando llegó la nueva alegría… Había nacido el séptimo hijo de la familia, que resultó ser niña, con lo que se incrementó la aplastante mayoría femenina.

Pedro, con sus tres años y medio, se fue enterando más por intuición que por lo que pudo arrancar de sus hermanas.

–¿Qué le pasa a mi madre en la barriga? –preguntó un día a Victoria, cuando la encontró de buen humor.

–Es que… habrá comido mucha sandía.

–Pero si no es tiempo de sandías…

–¿No?, pues se comería las pepitas y le habrán nacido dentro –se reía ante sus narices.

–No me digas mentiras, Tori. Es que voy a tener un hermanito, ¿verdad?

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Porque es lo que les pasa a mis amigos, que luego van presumiendo por ahí de sus hermanitos.

–Pues a lo mejor, a lo mejor… ¿A ti te gustaría?

–Claro que sí. Ya estoy harto de ser el pequeño y que abuséis de mí.

–Pero si eres tú, so mimao, el que abusas de nosotras.

–¡Hala, mentirosa!, que me hacéis unas perrerías… y todos contra mí.

–¿Pero qué dices? ¿O es que no te acuerdas cuando measte en un botijo y nos lo dabas a beber? ¿Y cuando…?

Pedrín se daba cuenta de que no se quitaría de encima ese sambenito en toda su vida.

–Sólo fue un poquitín… Pero, ¿voy a tener un hermanito o no?

–Si Dios quiere, si Dios quiere… –y le dejó sin más explicaciones.

Fue el llanto del bebé quien le anunció su llegada. Venía de la habitación italiana, donde se habían trasladado sus padres unas semanas antes. Subió corriendo a enterarse; pero Rosalía y Victoria le cerraron el paso. Andaban por allí ayudando a otra mujer que le dijeron que era comadrona o algo así de raro. <<¿Qué será eso?>>, pensó, pero no lo preguntó porque sus hermanas le anunciaron que tenía una hermanita muy guapa, pero que no la podía ver todavía, que aquello era cosa de mujeres y él sólo podía estorbar por allí. Pudo verla un día después, con su madre en cama y su nueva hermanita mamando ávidamente. Le dejaron acercarse y darle un besito en la frente, y otro a su madre, todo emocionado y sin saber qué se decía en esos casos. <<Es que es tan pequeñita…>>, pensaba temeroso, no fuera a romperse.

–¿Cómo se llama? –preguntó enternecido.

–Dora. Cuando la bauticemos, le pondremos Teodora de nombre.

–Uy, qué nombre más feo.

–Qué va; pero la llamaremos Dora o Dori, ¿no te gusta Dori?

–Sí, Dori sí que me gusta.

Y dedicó muchos días a explicar a todos sus compañeros de juego, lleno de orgullo, que tenía una hermanita pequeñita, como una muñequita, y que era guapísima.

Teodora crecía saludable, engordaba a buen ritmo y llorando cuando tocaba para reclamar la teta, y durmiendo casi todo el resto del tiempo. La comadrona, que supo lo de su hemorragia cuando nació Rosalía, le

recomendó no levantarse hasta después del bautizo:

–No quiero complicaciones –le dijo–, porque eres una madre ya algo mayor.

Del bautizo, Pedro entendió bien poco. Tenía una idea difusa de Adán y Eva y del demonio que les engañó; pero que, con el agua bendita que el cura le echaba sobre la cabeza, le lavaba del pecado original y hacía huir el diablo. Pero algo no le cuadraba: <<¿Por qué Dori rompió a llorar de aquella manera al echar fuera al diablo?>>. Pero no lo preguntó, porque la fiesta que le siguió la entendió mucho mejor, y se hartó de pastas y golosinas.

Tras el bautizo, siguió para Pedro su rutina de juegos y clases en la escuela parroquial de párvulos a la que le habían apuntado. También para los mayores se repetían las labores de temporada de la finca y las clases particulares hasta el verano, cuando todos se trasladaban allí para la cosecha.

Era la época que más le gustaba a Pedro, precisamente cuando más duro era el trabajo; incluso para él, como aguador oficial. Pero allí se sentía útil, aprendía cosas nuevas y vivía todo tipo de aventuras y descubrimientos.

Siguieron muchos años de regar la tierra con el propio sudor y muchas más fiestas de La Peña para compensarles de sus esfuerzos. Se gastaron muchas hoces y se repusieron muchas veces las cuchillas de sílex bajo los trillos; pero aquella familia, llegada de tierras bañezanas, iba prosperando lentamente, conquistando mejores cotas de bienestar. Tordesillas se iba convirtiendo ya en su tierra, por más que algunos locales les llamaban “bañezos”, no como gentilicio natural, sino como mote despectivo.

Al cumplir los seis años, Pedro comenzó a ir a la escuela de Primaria. Ya iba preparado por lo que había aprendido en la escuela parroquial; pero ahora sintió que la cosa iba más en serio. Le costó un poco adaptarse a la disciplina de la escuela y a la seriedad del maestro; pero pronto se sintió atraído por los misterios de la lectura y de la escritura. También le estimulaba la ayuda y los aplausos de su familia; con tantos hermanos siempre dispuestos a enseñarle o a divertirse juntos, con todo tipo de juegos y actividades.

En invierno, llegaron incluso a organizar sesiones de teatro en los que participaba toda la familia, más Rosi, Amelia y otras chicas o chicos del pueblo. Arreglaban la panera más grande, con su escenario y telón. La afición del señor Camilo por el teatro, su maña para resolver problemas técnicos y su habilidad para dirigir los ensayos, daban un resultado muy satisfactorio. Cada uno tenía que aprender los papeles asignados; pero el

mismo director les ayudaba a memorizar y a escenificar.

Con todo ya listo, los mismos artistas vendían entradas entre el vecindario, y llenaban la panera con personas deseosas de pasar un rato entretenido y aplaudir generosamente. Lo hicieron varios años, hasta que las mayores empezaron a interesarse por frecuentar el salón de baile y fijarse en los chicos que iban conociendo.

Gracias a la ampliación de la casa de la finca, ahora podían vivir allí las dos familias en verano. Y había tareas para todos; incluso para los más pequeños, como Pedro y Teodora. Hasta la abuela, excelente hilandera y tejedora, no paraba de hacer ropa de abrigo para tanta gente en el invierno.

Las dos bicicletas demostraron su gran utilidad para transmitir mensajes o llevar cargas ligeras entre ambas casas. Samuel protestó porque otros chicos se reían de él por montar una bici de chica; así que Camilo compró otra con barra para ellos dos. Hasta Pedro, sin alcanzar el sillín, ni en su posición más baja, no tardó en aprender a mantener el equilibrio. Ahora se preguntaban cómo habían podido vivir antes sin ellas.

–Dile a tu padre que hacen falta patatas, que ya las hemos vendido casi todas…

–Dice mi padre que le diga al veterinario que vaya a ver a Lucero, que cojea un poco…

–Vero, corre y dile a mi madre que "mierda para el correo que va y viene…" –le dijo su hermano, con ganas de burlarse; y a su vuelta–: ¿Qué te contestó mi madre?

–Pues dice que "el correo es bueno, pero que la mierda es toda tuya".

–Anda, mira no darte cuenta antes…

–Claro que me di cuenta, so listo; me fui, pero sólo para volver a responderte.

Eso sí, no faltaron algunos sobresaltos, aunque ninguno de gravedad.

–Vero, ¿te has hecho daño? Te vi caer al arroyo... –Rosalía había corrido en su ayuda al verla caer de bruces allá abajo.

–No, que va –le respondió Vero desde el fondo, toda empapada–. Es que cada uno se baja de la bicicleta como le da la gana –y pugnaba por salir, entre dolorida y avergonzada por haber sido vista cayendo de forma tan

tonta.

–Pues sal rápido de ahí; ya te ayudo con la bicicleta; y vamos a la lumbre, guapina, no vayas a coger una pulmonía.

Juanón resultó ser un excelente casero; así que, tal como había previsto el señor Camilo, poco después de instalarse en la finca, compró tres vacas. Y nació una nueva tarea: además de atenderlas, había que llevar la leche al pueblo cada día, para venderla en el portal.

Camilo llevó al herrero una de las bicicletas con las dos lecheras que usaban para el transporte, y le explicó su idea. Un par de días más tarde, apareció la bici equipada con un soporte sobre la rueda delantera; allí encajaban las dos lecheras, una a cada lado. Funcionó, y se convirtió en el transporte habitual. Además de leche, vendían huevos, patatas, sandías, melones y hasta conejos; con lo que, tal como había calculado, se cubría en buena parte el salario del casero. No era difícil la venta: bastaba con poner un letrero en el portón: "HAY LECHE Y HUEVOS", o lo que fuera. Pronto se corría la voz, y muchos venían a comprar al portal.

También desescombraron la escalera de la bodega. Eso no entraba en los planes inmediatos; pero algo inesperado precipitó la decisión:

–¡Mira, Lía! –señaló Verónica un rincón del pilón, mientras Samuel acercaba una cerilla encendida.

¡Flash!, ardió la pólvora con luz cegadora, mientras los pequeños reían divertidos ante el espanto de su hermana mayor.

–Pe-pe-pero, ¿qué es esto, de dónde habéis sacado ese polvo negro?

–Es un se-cre-to, un se-cre-to –medio canturreaban–, y no te lo va-mos a de-cirrr…

–Ah, ¿no? Pues se lo diré a mi padre. A él sí que se lo diréis, u os sacará la piel a tiras.

–¡No, no la líes, Lía…! Te dejaremos jugar también a ti –y volvieron a reír, maliciosos.

–Bueno, si me lo decís no le diré nada, pero si no…

–¿Ves, Samu? No se lo teníamos que haber enseñado –reprochó Verónica a su hermano, con quien no paraba de pelearse, menos para hacer trastadas como aquella.

–Venga, decídmelo de una vez. ¿De dónde sacasteis esa cosa?, o…

–De aquí –y Samuel abrió un armario que cerró de inmediato.

–¿Dónde lo habéis encontrado? –preguntó tan enfadada como asustada por lo que creyó ver, y que resultó ser cierto.

–En la escalera de la bodega: hay muchas; se saca el balín con unos alicates, se pone la pólvora en una piedra, y bluf... Ya lo has visto.

–¡Virgen Santísima! Si mi madre llega a ver eso. Pero si la puerta está cerrada…

–Ya, pero quitamos el alambre con los alicates y… hay muchas enterradas allí.

–Trae esos alicates. No se os ocurra volver por allí: es muy peligroso. Volveré a cerrarla de manera que no podáis volverla a abrir.

–¿Ves?, la has liado…

–Pero no puedes decir nada a nadie: lo prometiste.

–¿Lo prometí? –dudó Rosalía. <<¿Pero cómo voy a callar una cosa así?>>, pensó.

–Sí, sí: prometiste que no dirías nada si te decíamos de dónde lo habíamos sacado. Lo prometiste, y te lo hemos dicho.

–De acuerdo, no les diré nada de la pólvora; pero sí que la puerta la encontré abierta: quiero que se limpie esa escalera de una vez.

Lo que no sabía ella era el arsenal que ya habían acumulado los pequeños.

Rosalía aseguró los cáncamos con un alambre grueso, de los de tender la ropa, y retorció los extremos con los alicates con todas sus fuerzas, que no eran pocas. <<Aquí no podrán volver a entrar>>, se convenció, y reflexionó sobre cómo explicar que había que limpiar aquella escalera sin chivarse de sus hermanos. Su compromiso la retuvo sólo unos días, hasta que volvió a sorprenderles jugando con la pólvora y se esfumaron su promesa y sus escrúpulos. Su padre fue derecho a buscar a Samuel con el ceño fruncido y amenazador. Le sacó de los bolsillos no menos de diez balas que guardaba para seguir jugando, y tronó:

–Si no os muelo a palos aquí mismo es porque no oiga vuestros berridos

vuestra madre y se entere de lo que habéis hecho.

–Es que… –empezó Verónica para culpar a Samuel.

–Ni es que, ni esca. Voy al cuartel para que la Guardia Civil se haga cargo de esa mierda. Y vosotros os vais a limpiar las dos paneras, y que queden bien limpias, barridas y fregadas con agua, jabón y estropajo; si no, os las haré lamer –y lo dijo con tono del todo creíble.

Así fue como se limpió aquella escalera; y el vino ganó en calidad, según los expertos, gracias a la temperatura uniforme de la bodega. Hasta entonces, las cubas se guardaban en una de las cuadras rehabilitadas, que usaban como bodega, trastero y despensa.

Al poco, llegó la Navidad, cada vez más alegre y feliz; y los Reyes, cada vez más magos y generosos. Ese año sorprendieron a todos con un artilugio que sólo conocían de oírlo en algún bar y en unas pocas casas: ¡era un aparato de radio! Una auténtica revolución, que mantuvo a todos a su alrededor con la boca abierta durante días. Oían los partes oficiales de noticias, las canciones de Joselito, de Antonio Machín, Jorge Negrete, Juanita Reina… más anuncios de remedios milagrosos; y, sobre todo, las apasionantes radionovelas de Guillermo Sautier Casaseca…

La radio irrumpió en aquella sociedad con enorme fuerza. La que les trajeron los Reyes tenía incluso onda corta y, con ella, se podía escuchar hasta Radio Andorra La Vieja. Desde allí se colaban críticas encendidas contra el caudillo y su dictadura, de labios de políticos exiliados en Francia: era mejor no sintonizarla, o poner el volumen muy bajo; porque, si las autoridades se enteraban, o ante un simple chivatazo, podrían requisar el aparato y acusar al dueño de subversión. Evidentemente, la guerra y la posguerra se vivió de forma muy distinta en el lado nacional y en el republicano. Pero fue dura y dolorosa para todos; y mucho más larga de lo que se hubieran podido suponer tras el alzamiento. Llegada la paz, todos querían reconstruir sus vidas.

Evitaban hablar de temas políticos, si no era para ensalzar al régimen y su gloriosa victoria. Criticar al generalísimo, su llamada "cruzada contra el comunismo ateo" o su gobierno, resultaba impensable. Más aún, acabada la guerra, los pocos que habían simpatizado con la república o con ideas anticlericales, parecían haberse convertido milagrosamente, yendo regularmente a la iglesia y manteniéndose fieles a los principios del movimiento y los poderes públicos; o al menos así lo parecía.

Desde luego, toda la información llegaba censurada rigurosamente, y pocos osarían cuestionarla. Incluso antes de ver una película en el cine, siempre se proyectaba antes un NO-DO, uno de los informativos oficiales, donde se ensalzaban las obras y logros que el caudillo solía inaugurar o presidir. Y era fácil notar, en las mismas películas, los empalmes obligados

por los censores, que obligaban cortar escenas consideradas obscenas o inconvenientes. A veces se oían comentarios de que, en muchas de esas obras, carreteras, ferrocarriles, pantanos… trabajaban forzados prisioneros de guerra. Muchos lo encontraban razonable: también a ellos les tocaba trabajar de sol a sol para sobrevivir.

Hasta 1952 no se suprimieron las cartillas de racionamiento, símbolo de hambre y escasez, también en la zona nacional. La guerra había arruinado el país; por fin había llegado la paz y se necesitaba el esfuerzo de todos para ir reconstruyendo tanta devastación.

Las grandes inquietudes de aquella población diezmada eran las de sobrevivir y encontrar algún trabajo, aunque sólo fuera por temporada o a destajo. Cualquier ocupación era mejor que estar parado, porque, además de pasar necesidad, se les podía aplicar la "ley de vagos y maleantes": una ley que Franco había heredado de la Segunda República y que él endureció, bajo penas de internamiento en establecimientos oficiales de trabajo, colonias agrícolas o industriales, o para cualquiera de las mil otras tareas de reconstrucción.

Cada madrugada, los desocupados de Tordesillas se reunían en la Plaza Mayor, frente al ayuntamiento, ofreciéndose a trabajar en cualquier obra, taller, cultivo agrícola o establecimiento que pudiera necesitarles. Era allí donde los labradores encontraban los jornaleros para los trabajos de las diferentes temporadas del año. Estar parado, y no acudir a la plaza mostrando así su disposición a trabajar, podía resultar mucho más desagradable.

Por otra parte, la Guardia Civil y los guardas jurados se cuidaban de mantener el orden con eficacia y contundencia, de manera que la delincuencia era casi inexistente.

Esta descripción intenta reflejar brevemente la realidad vivida en aquellos años y en esa zona, sin pretender juzgar ideas, actuaciones o tendencias políticas. Discrepar de la verdad oficial podía resultar peligroso en aquellos momentos.